

Almagesto

LA QUINTA PIEDRA

LOLA NÚÑEZ



© del texto, Lola Núñez

© de las ilustraciones, Lola Núñez

© Ediciones DiQueSí

28022-Madrid

www.edicionesdiquesi.com

novedad@edicionesdiquesi.com



Diseño: Estelle Talavera

ISBN: 978-84-945196-0-4

Depósito Legal: M-11370-2016

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid, 2016

Impreso en España por Estiló Estugraf, S.L.

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

LA QUINTA
PIEDRA



Esta historia se escribió gracias a la magia de los que me rodean:
a mi familia, siempre cerca de mí; a mis amigos,
generosos y atentos; y a Mariché, paciente y entusiasta.



Porque leer es vivir, espero que los lectores vivan
este libro con la misma emoción que yo.



CAPITULO 1

Un vistazo rápido

Los peores augurios se habían hecho realidad: Lalo se encontraba en el coche de su madre camino del colegio interno donde pasaría el verano.

Aquel 30 de mayo, el automóvil se dirigía hacia el norte, a la tierra en la que el único cambio apreciable entre el invierno y el verano era el brillo de la neblina. Allí iba a estar recluido hasta septiembre.

Había fanfarroneado delante de sus amigos, haciéndoles creer que estaba encantado con lo que se avecinaba; sin embargo, ahora sentía cómo un nudo se instalaba bajo su incipiente nuez, dejando pasar apenas el aire justo para respirar.

Quería aparentar esa indiferencia tan suya que sacaba de quicio a su familia, pero solo conseguía disimular un ridículo puchero en sus labios y una humedad lacrimosa en sus ojos.

Lalo intentaba consolarse pensando en que el centro al que iba tendría unas magníficas instalaciones deportivas con infinidad de actividades de verano; aunque, en realidad, no sabía nada de aquel lugar, porque después de las desastrosas

calificaciones de la última evaluación y los comentarios de los profesores que las acompañaban, sus padres se habían limitado a mirarlo con los ojos redondos y tristes y su madre le había anunciado:

-Lalo, hijo, si no eres capaz de ver por ti mismo el daño que haces a esta familia con tu actitud, debemos ayudarte a reflexionar sobre ello. Así que vamos a tomarnos vacaciones unos de otros.

Y nada más.

Desde aquella breve notificación, de la que hacía ya casi tres semanas, el ambiente en su casa había sido plomizo. Todo se había desarrollado como en voz baja y hasta su hermano Javier, el pequeño al que Lalo adoraba, había mantenido una triste distancia de él.

Lalo tuvo que rumiar solo su angustia gris y brumosa e hizo lo que acostumbraba a hacer en otros conflictos: colocarse los cascos y permanecer horas tirado en el sofá o en la cama leyendo algunos de sus libros favoritos, aquellos a los que recurría siempre que necesitaba huir de algo: *Tarzán de los monos*, *Viaje al centro de la Tierra*, *Los tres mosqueteros...* Los había descubierto cuando estuvo recluso en la habitación que estaba junto a la cocina (por haber faltado a clase de Matemáticas durante varios días seguidos). Y es que un mes de castigo da para leer mucho cuando no hay nada más que hacer porque, privado de la tele, del ordenador y del móvil, y compartiendo el espacio solo con aquella colección de libros de su abuelo, se había asomado a la lectura, tímidamente primero, y con mayor ansiedad después, llegando casi a lamentar que se acabara su tiempo de castigo.

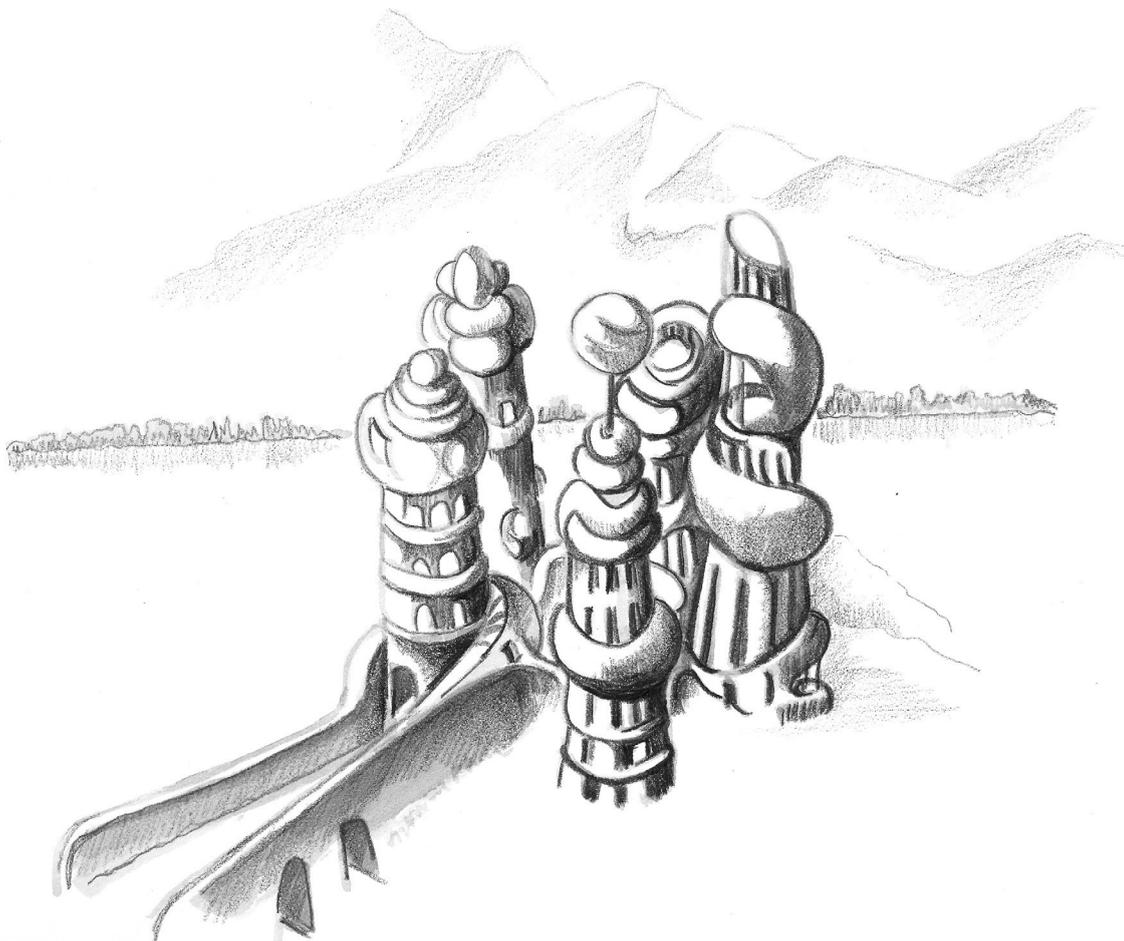
Entre sus pensamientos y el traqueteo del coche, que recorría a paso de tortuga las serpenteantes carreteras, Lalo se quedó amodorrado, hasta que un frenazo le hizo abrir los ojos.

-Hemos llegado a Almagesto -dijo su madre por fin-. Subir hasta aquí sigue siendo una tortura.

Le pareció escuchar que su voz se quebraba e intentó escrutar su gesto, pero ella se caló las gafas negras y abrió la puerta, sin devolverle la mirada.

Lalo se asomó por la ventanilla y observó el panorama: estaban en una elevada llanura desde la que se veía, bastante más abajo, un pueblo pequeño, rodeado de montañas. Aquel paisaje era lo más verde que había visto nunca; se podría decir que era de un verdor descarado, casi una ofensa para los ojos. Como contrapunto, el cielo comenzaba a cubrirse de nubes espesas y los últimos rayos del sol lanzaban chillones destellos de color naranja.

Frente a él se extendía un enorme lago y, como flotando sobre sus aguas, había un impresionante y extraño edificio, mezcla entre monasterio y palacio. Estaba formado por cinco torres, muy diferentes entre sí, construidas en una isla que estaba separada de tierra firme por una lengua de agua de unos pocos metros. La torre que daba acceso al conjunto se prologaba hacia ellos formando un largo puente que salvaba la lengua de agua. El edificio era de formas redondeadas. Lalo pensó que muchas de las estancias interiores a las que daban lugar esas formas debían ser absolutamente inútiles y las imaginaba como las construcciones que descubrió Alicia en su viaje al País de las Maravillas. Una locura, vamos.



Las torres estaban coronadas por superficies retorcidas. Sobre la entrada de la torre de la que partía el puente había un extraño símbolo: una especie de pentáculo de lados curvos rematado por cinco elipses, una en cada vértice.

También llamaban mucho la atención la combinación de materiales y colores que cubrían las fachadas de las torres: piedra rosada, azulejos, mosaicos, metales... El sol de la tarde se reflejaba como en un caleidoscopio en aquella cascada de formas y colores y, bajo los oblicuos rayos del sol, el edificio resplandecía con un brillo dorado casi mágico.

Lalo vio que, a la entrada del puente, varios hombres y mujeres ataviados con túnicas de color azul recibían a otros muchachos y a sus padres.

El chico seguía mirando absorto a su alrededor. La voz de su madre lo apartó de sus pensamientos.

-Sacá tus cosas -le ordenó desde fuera.

-¿Dónde estamos? -reaccionó Lalo de pronto.

-Como te he dicho antes, esto es Almagesto, el lugar donde pasarás los próximos meses.

-Pero esto no es un colegio.

-Nadie te dijo que ibas a ir a un colegio, eso lo imaginaste tú.

La mujer se alejó del vehículo, en dirección a la entrada, mientras se echaba el jersey por los hombros.

El chico se cargó a la espalda el enorme macuto donde había apiñado sus cosas y siguió a su madre. Vio que se acercaba a un hombre que destacaba especialmente entre todos los que vestían aquellas túnicas, porque era alto y muy delgado, tenía los rasgos angulosos y el pelo, oscuro y largo, lo llevaba recogido con una coleta en la nuca.

Lalo llegó junto a ellos. Su madre lo tomó por el brazo e hizo las presentaciones:

-Venerable Manuel, este es mi hijo Gonzalo; Gonzalo, te presento al Venerable Manuel, un hombre de enorme sabiduría que espero que sea de tanta ayuda para ti como lo fue para mí.

-Hola, Gonzalo -saludó el hombre-. Tu madre me ha hablado mucho de ti. Tenía ganas de conocerte. Sé que eres un chico muy especial.

La madre de Lalo miró al hombre fijamente con gesto de súplica e intervino de nuevo:

-Y tengo la confianza de que Manuel velará por ti durante el tiempo que permanezcas aquí.

El hombre se volvió hacia ella y respondió:

-No tengas ninguna duda.

Manuel tomó del brazo a la madre de Lalo y se la llevó un poco más lejos. El chico aguzó el oído, pero solo pudo escuchar algunas palabras y expresiones sueltas.

-... si mi hijo corre algún peligro...

-El Consejo de venerables nunca lo permitiría...

-Está aquí porque tú me lo has pedido...

-... sabes lo que desea el Guardián...

El muchacho estaba desconcertado y se estremeció al escuchar aquella enigmática conversación. Le sorprendía la devoción con que su madre miraba a aquel hombre vestido de azul; además, si aquel monje era tan importante para ella, ¿cómo se explicaba que nunca le hubiera hablado de él? Y lo más preocupante: ¿corría algún peligro en aquel extraño lugar? Y, de ser así, ¿por qué su madre confiaba su seguridad a alguien que era para él era un completo desconocido?

El venerable levantó la mano, lentamente pero con autoridad, indicando que no debían seguir discutiendo. Luego, ambos se acercaron al chico.

Lalo decidió no manifestar en voz alta ninguna de las cuestiones que se agolpaban en su cabeza. Únicamente se limitó a observar a su interlocutor con detenimiento durante unos instantes. Descubrió en su rostro una sonrisa bastante más joven de lo que había calculado al principio; tenía una voz apacible y unos ojos oscuros

y profundos como pozos. Llamó su atención el símbolo que el Venerable Manuel llevaba bordado en hilo de oro en su túnica. El mismo que había visto sobre la entrada del edificio. Estaba seguro de que aquello era un presagio de misterio y aventuras.

No era extraño que Lalo encontrara un enigma casi en cualquier personaje, objeto o situación; tenía mucha imaginación y solía descubrir poderes fuera de lo normal en sí mismo y en todo lo que le rodeaba. Hasta este momento había creído que nadie de su entorno se había dado cuenta de sus capacidades extraordinarias; pero ahora, después de las palabras del Venerable Manuel, llegaba a pensar que otros también hallaban en él ciertas aptitudes que sobrepasaban las de los seres humanos corrientes. ¿Quién lo hubiera pensado?

La voz del Venerable Manuel le sacó de sus cavilaciones:

-Es hora de entrar.

El hombre, sonriendo dulcemente, se separó un poco del chico y de su madre para permitirles que se despidieran.

Lalo no se sentía tan angustiado como había imaginado durante el viaje. Y ello se debía en gran parte a que el Venerable Manuel le transmitía paz y confianza, como si se conocieran desde siempre. No obstante, había algo que le abrasaba la garganta: veía a su madre tan triste y distante que hubiera dado cualquier cosa por verla enfadada y que le soltara uno de aquellos gritos suyos tan característicos: “¡Lalo, deja de hacer el tonto!”.

En el momento de despedirse, su madre lo miró desde una distancia que a él le pareció infinita y dijo:

-Dame el móvil. Si quieres contarnos algo puedes escribir una carta.

“¡Una carta...! ¿Quién escribe cartas en la actualidad”, pensó Lalo sintiéndose como si le hubieran trasladado al Paleolítico.

-Habrá internet aquí, por lo menos, ¿no? -preguntó Lalo mientras alargaba el teléfono a su madre.

-No tengo ni idea de lo que hay ahora.

Lalo sintió que su garganta se cerraba.

-¿No me vas a decir nada más?

Por toda respuesta ella giró la cabeza de un lado a otro, depositó un beso en la mejilla de su hijo y se dio la vuelta, mientras le advertía:

-Ten cuidado, por favor.

Lalo creyó ver una lágrima brillar a contraluz en la mejilla de su madre, pero no pudo comprobarlo porque se metió en el coche y arrancó de inmediato.

El chico bajó la cabeza y enfiló la entrada del edificio. De pronto, giró de un salto y salió corriendo detrás del coche.

-¡Mamá, mami, no me has dejado dinero! ¡Mami...!

El coche se alejaba cada vez más y Lalo tuvo que desistir. Miró hacia donde estaba el Venerable Manuel y este hizo un gesto para indicarle que volviera.

-Es que no me ha dejado más que treinta euros... -protestó.

-Tendrás de sobra con eso -respondió el hombre con una seguridad sorprendente.

Lalo no quiso llevarle la contraria, para no empezar su estancia en aquel sitio con una discusión y ganarse, como siempre, la fama de insolente, pero pensó que aquel hombre con pinta de monje tenía poca idea de lo que un adolescente podía necesitar durante tres meses. Así que decidió que iba a escribir cuanto antes una carta pidiendo fondos, por lo menos, para unos días.

CAPITULO 2

Una ojeada alrededor

El Venerable Manuel echó a andar por el puente y Lalo lo siguió. Era una construcción de aspecto peculiar que respondía perfectamente al estilo general del conjunto. Sus ojos se detuvieron en el símbolo que había sobre la puerta que daba entrada a la torre, el mismo que los venerables llevaban en sus túnicas.

Se adentraron en la torre de acceso. El enorme vestíbulo de altos techos era un amplio túnel que atravesaba de parte a parte la torre. El techo era de altura irregular, Lalo calculó que el vestíbulo podría medir lo mismo que un edificio de cuatro plantas en su parte más alta y la mitad en la parte más baja.

Desde fuera no se apreciaba bien, pero el extraño cinturón asimétrico que parecía abrazar la parte inferior de la torre estaba cubierto por vidrieras que proyectaban formas y colores sorprendentes al interior.

-Este lugar fue construido para aprovechar al máximo la luz, por eso tiene tantos cristales y vidrieras -explicó el Venerable Manuel, que parecía haber adivinado la curiosidad que la arquitectura del monasterio despertaba en Lalo-. La torre que hay frente a nosotros, justo al otro lado del patio, se llama Alba, por-

que está situada al este del monasterio y recibe el primer sol de la mañana; esta en la que nos encontramos es Ocaso, en ella se refleja el sol del atardecer y es la que despidе el día.

Lalo asintió distraído y, sin pensar demasiado en la explicación, continuó admirando aquel caleidoscopio que lo envolvía.

Abandonaron el vestíbulo y llegaron al patio central. El chico giró sobre sus talones para contemplar mejor las cinco torres. Se veían realmente majestuosas y Lalo recordó las palabras de su profesor de Lengua cuando les contó su viaje a la India del último verano. El hombre había descrito ante la clase su visita al Taj-Mahal con una enorme cursilería: “El edificio, completamente recubierto de mármol, blanco como el interior de una ebúrnea ostra, era de alzado perfectamente simétrico. Su onírica imagen aparecía ante mis atónitos ojos como el escenario mágico de pasiones solo descritas con propiedad en homéricas obras...”.

Lalo sonrió pensando en la cara de bobalicón de su profesor mientras hablaba y la gracia que les había hecho a sus compañeros que hubiera sido capaz de aprenderse de memoria la perorata solo con haberla escuchado una vez. Y es que la memoria de Lalo era realmente prodigiosa, pero la utilizaba solo para divertirse, para aprender de memoria diálogos absurdos de películas, retahílas sin sentido que encontraba en libros de fantasía y nombres impronunciables de personajes o lugares.

Echó otra mirada a las cuatro torres que se alzaban imponentes frente a él. Su altura y el brillo que reflejaban le impresionaron hasta dejarlo casi sin aliento.

Había bastante trasiego de chicos y mayores. Sin detenerse, el Venerable Manuel se dirigió hacia la puerta de la torre que

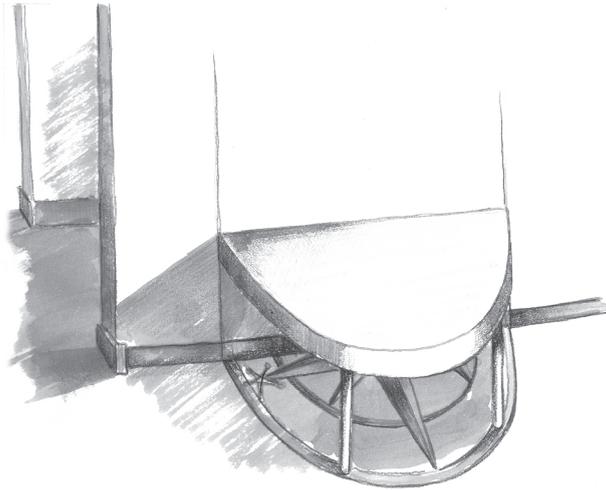
estaba justo a la derecha de Ocaso. Lalo tuvo que apresurarse para no perderlo. Subieron las escaleras hasta la tercera planta.

-Te voy a enseñar tu habitación -indicó el hombre amablemente-. Da la casualidad de que fue también la mía durante algunos veranos cuando tenía tu edad. Espero que te guste.

-Seguro que sí -respondió Lalo con un hilo de voz.

Llegaron a un dormitorio amplio y luminoso, de forma semicircular, en el que había cinco camas separadas entre sí por armarios. La tarima crujió levemente a su paso. Pegada a la pared recta, la que se podía considerar el diámetro del círculo, había una mesa, que también era semicircular. En el suelo, bajo la mesa, media rosa de los vientos; una figura realmente hermosa, confeccionada con incrustaciones de maderas claras y oscuras, que estaba inscrita en un círculo de madera oscura.

“Qué obsesión tiene esta gente con los puntos cardinales”, pensó Lalo mientras intentaba retomar el hilo de la explicación del Venerable Manuel.



El chico miró hacia arriba y vio cuatro ventanas que arrojaban una luz dorada sobre las blancas colchas.

El Venerable Manuel caminaba de un lado a otro comprobando que todo estuviera en orden. Abrió la puerta del baño, al que se accedía por el lado opuesto a la entrada de la habitación, e hizo una seña a Lalo para mostrárselo. El chico se asomó y vio que era amplio: tenía dos cabinas de ducha, dos cámaras con inodoros y dos lavabos.

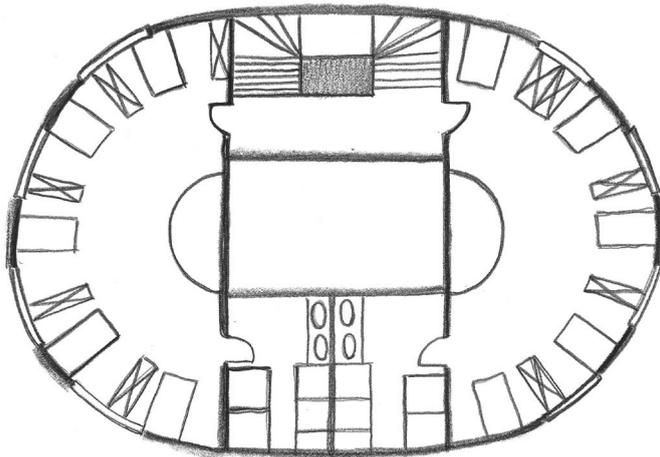
Al salir del baño, se volvió distraídamente hacia Manuel.

-¿Puedo elegir la cama que quiera? -preguntó.

-Claro, pero tendrás que ponerte de acuerdo con el resto de los chicos que van a ocupar esta habitación. ¿Tienes alguna preferencia?

-Sí. Me gustaría una cama que no recibiera mucho sol por la mañana. La luz me despierta.

-Seguro que no hay problema -afirmó al tiempo que señalaba hacia su izquierda-. Este dormitorio tiene orientación noroeste, la luz de la mañana es tenue en este lado.



Luego sonrió con un punto de picardía y añadió:

-De todos modos, no creo que a las siete llegue a molestarte mucho la luz.

Lalo se quedó estupefacto: ¿quién sería capaz de madrugar tanto en verano?

-¿Y estaremos estudiando desde esa hora? -preguntó el chico, un poco inquieto.

-No, no solo estudiando. Descubrirás que hay muchas otras cosas que hacer.

-¿Serás tú mi profesor?

-Ninguno de nosotros es profesor, porque esto no es un colegio. Yo seré tu preceptor durante estos meses, te ayudaré a estudiar, podrás comentar conmigo tus dudas y tus problemas; en definitiva, conviviremos estrechamente.

-Y velará por mí, como le ha prometido a mi madre -dijo mirando fijamente a los ojos de Manuel.

-Por supuesto que lo haré -lo tranquilizó él-. Pero no creo que vayas a estar en peligro aquí. Tu madre se preocupa demasiado.

Lalo no continuó con la conversación porque cada nuevo comentario generaba en él una riada de dudas.

En ese momento, otros chicos acompañados por venerables ataviados con túnicas entraron en la habitación. Todos saludaron alegremente y el Venerable Manuel hizo las presentaciones:

-Gonzalo, estos son otros preceptores con los que convivirás: el Venerable Julián, el Venerable Alfonso, la Venerable Sara y el Venerable Luis.

Todos hicieron leves inclinaciones de cabeza a modo de saludo. A continuación, Lalo se fijó en los muchachos que iban

a ser sus compañeros de habitación. Llamó su atención un chico ciego que seguía al Venerable Luis y que parecía algo más pequeño. Iba acompañado de un perro lazarillo, un Labrador de lustroso pelo negro que permanecía pacientemente al lado de su amo.

-Este es Rodrigo -presentó el Venerable Manuel-. Él y su perro Estrás vivirán aquí.

Tocó el hombro del muchacho para continuar:

-Rodrigo, estos son tus compañeros: Gonzalo, Jaime, Yamil y Enrique.

El Venerable Luis intervino entonces:

-Os dejamos solos para que os conozcáis y hagáis el reparto de camas. Deshaced las maletas y lavaos para la cena, que estará lista dentro de una hora.

Los hombres salieron de la habitación y Lalo consultó el reloj.

-Entonces es que se cena a las nueve -anunció, mirando a su alrededor.

-Pues qué pronto -refunfuñó Jaime.

El interés de Lalo se centraba ahora en la elección de las camas.

-¿Tenéis alguna preferencia sobre qué cama ocupar? -preguntó-. Si no os importa, a mí me gustaría una cama que no recibiera el sol de la mañana. La luz me molesta una barbaridad.

En ese momento Lalo cerró los ojos, contrariado, al darse cuenta de que el comentario que acababa de hacer era inoportuno. ¿A quién se le ocurre hablar de la luz delante de un invidente? Se quedó callado sin saber qué decir.

Rodrigo sonrió y salió en su ayuda:

-No te preocupes, Gonzalo, estoy acostumbrado a estas cosas. De hecho, *yo no veo claro* qué cama elegir.

Todos sonrieron relajados y empezaron a hablar entre sí, manifestando sus preferencias.

-Si no os importa, prefiero que me llaméis Lalo. Porque cada vez que alguien me llama Gonzalo es que me he metido en algún lío.

Jaime hizo una petición de inmediato:

-A mí me gustaría dormir junto a la puerta, no soporto verme encajonado, necesito estar cerca de la salida. -Y señaló la cama que estaba justo a la entrada.

Lalo preguntó entonces si podía ocupar la cama central y nadie puso objeción.

Yamil habló por primera vez, poniéndose un poco colorado.

-Yo a veces me levanto por la noche y prefiero este sitio -indicó señalando la cama que estaba junto al baño-. Así no os molestaré.

Ya no hubo más posibilidades de elección porque Estrás condujo a su dueño a la cama que quedaba entre la de Lalo y la de Yamil y se sentó tranquilamente a los pies. Rodrigo se dejó llevar y depositó sus cosas sobre la colcha. Lalo observó sorprendido cómo el muchacho estudiaba con el tacto la distribución de los muebles; en poco más de cinco minutos era capaz de moverse por la habitación con soltura y de colocar en perfecto orden sus cosas en el armario que tenía asignado.

-Eres muy ordenado -indicó Enrique con su voz sosegada-, solo el armario de mi tía está tan colocado como el tuyo.

-Es que necesito saber exactamente dónde está todo -explicó Rodrigo-. Si las cosas no están en su sitio tengo que pedir ayuda para encontrarlas, y eso no me gusta nada. Quiero ser autónomo.

Lalo, que era bastante desordenado, pensó que debía disciplinarse para no dejar cosas tiradas, no fuera a ser que su nuevo compañero sufriera un percance por su culpa. Nunca había convivido con alguien que tuviera alguna discapacidad y le preocupaba no saber cómo comportarse.

Yamil empezó a sacar su ropa y dejó tirada una pequeña mochila en el suelo. De inmediato, Estrás se aproximó y, gruñendo, empujó el bulto hasta sus pies.

-Estrás es también bastante ordenado porque sabe que puedo tropezar con todo lo que haya en el suelo -justificó Rodrigo sonriendo.

-Lo siento mucho -se disculpó Yamil mientras acariciaba tímidamente el lomo de Estrás-, intentaré no volver a dejar nada que pueda ser un obstáculo.

Jaime sacaba sus cosas de la maleta en silencio y las tiraba de mala manera sobre la cama y al interior del armario, mientras refunfuñaba:

-No sé qué narices pinto yo en este sitio. Como me cabreen estos panolis de las túnicas, me largo y se acabó.

Todos se volvieron hacia él.

-¿Qué miráis, si se puede saber? -preguntó el chico con malos modos.

-¿Qué te ocurre? -se atrevió a preguntar Enrique con voz de extrañeza-. ¿Es que no te apetece pasar aquí el verano?

-¿Cómo va a apetecerme? ¡Esto es un castigo!

-¿Un castigo? ¡Pues cómo serán los premios en tu casa! -exclamó Rodrigo con asombro.

Lalo miraba a sus compañeros con los ojos desorbitados y, por fin, se decidió a intervenir:

-¡No entiendo nada! -Y señalando a Jaime continuó-: Tú estás aquí como un león enjaulado porque crees que esto es un castigo... -Luego se dirigió a Enrique-: Y tú estás más contento que unas pascuas porque piensas que este será el mejor verano de tu vida. ¿En qué quedamos?

Jaime y Enrique se miraron sin saber qué contestar porque, en realidad, aquello era muy extraño. Por fin, Enrique explicó:

-Hace años que escucho a mis tíos hablar de los veranos que pasaron aquí; dicen que fueron los mejores de toda su vida. Llevo mucho tiempo insistiendo para que me dejen venir y, por fin, este año han accedido. Parece ser que ya estoy preparado para aprovechar todas las cosas extraordinarias que pasan en este sitio.

-¿Y cuáles son esas cosas extraordinarias? -preguntó Yamil, mostrando una ingenua curiosidad.

Enrique, con una incontrolable pasión, habló de todo lo que había oído contar a sus tíos:

-Aquí se hacen amigos para toda la vida, se viven aventuras increíbles, se aprende de los preceptores, que son los hombres más sabios del mundo...

-Ya, ¿pero qué se hace? -interrumpió Jaime de forma tajante.

En realidad, Enrique no tenía respuesta para eso y bajó los ojos algo confuso. Entonces Rodrigo tomó la palabra:

-¿No os parece extraño que cada uno de nosotros tenga una idea tan diferente de lo que va a ocurrir este verano?

-¡Y tanto! -murmuró Lalo-. Por ejemplo, yo no tengo ni idea de lo que hago aquí; de hecho hasta hace una hora no sabía que este lugar existiese.

-Pues yo estoy aquí porque mis padres se han marchado de viaje y no he querido acompañarlos -afirmó Yamil-. Ellos cooperan con Almagesto desde que yo puedo recordar, y este año, que no serán preceptores aquí, me han permitido venir a pasar el verano.

-¿Son preceptores tus padres? -preguntó Lalo casi gritando por la sorpresa.

-Sí, a veces -respondió Yamil con tono seco.

-Cuéntanos cosas de este sitio, por favor.

-En realidad, no hay nada que contar -concluyó Yamil un poco inquieto por el interés que mostraba Lalo.

El chico se dio cuenta de que estaba incomodando a su compañero e hizo un quiebro para dirigirse a Rodrigo.

-¿Y tú?

-Pues estoy aquí porque mis padres opinan que es lo que necesito para ser independiente de verdad. Espero que sea cierto.

Jaime, que había estado revolviendo sus cosas sin mostrar mucho interés por la conversación, se dirigió a Lalo:

-Así que tú y yo somos los dos *pringadillos* que no sabemos lo que hacemos aquí, ¿no?

-Bueno, yo creía que venía a un colegio interno a estudiar todo el verano -afirmó Lalo encogiéndose de hombros-. Pero ahora no sé qué pensar.

El resto de los chicos se miraron bastante desconcertados. El verano tendría que proporcionarles muchas explicaciones. Todavía más de las que imaginaban en este momento.